

La tierra éramos nosotros

Un ensayo por Hernán Henao

Lo que significa para el habitante de esta región su tierra. Cómo es la territorialidad que busca el país al mirarse por regiones

El concepto de territorio sufre en Colombia una gran transformación. El país se entiende ahora en sus regiones y en ellas una diversidad de territorios. El territorio como concepto es un elemento definitivo de identidad. El tema del reordenamiento territorial pertenece a la agenda actual de discusiones que se adelantan en el ejecutivo y en el legislativo. Una comisión encabezada por el sociólogo Orlando Fals Borda trabajó intensamente durante tres años para proponer un nuevo mapa del país, en el cual se tuviera en cuenta la dimensión sociocultural de la nación que se ha configurado a lo largo de los quinientos años.

La polémica territorial propuesta por la comisión surge de la delegación que la Constitución del 91 hizo al gobierno de esa responsabilidad. Vale la pena tomar como referente el caso antioqueño para pensar en el asunto, a la vez significativo y *sui generis*.

Hasta ahora no se han acostumbrado los líderes recientes de la política colombiana a detener su mirada sobre el entorno de su acción, o quizá lo han hecho pero desde una posición egocéntrica. El viejo dicho de que *deben tomar el pulso a la nación* parece cantaleta de los caudillos del medio siglo, pero está vigente. Y en este tema concreto del reordenamiento territorial prefieren ellos mirar al horizonte del voto en el perímetro de su caudal electoral.

Se necesita, sin embargo, asumir otra mirada del país que ahora se ve configurado como mosaico de regiones: pluricultural y multiétnico. Y en escala descendente, asumir el mismo principio de la diversidad y de la heterogeneidad para los entornos regionales y locales.

Sólo el espacio que es apropiado y habitado por el hombre adquiere significado para él. Han producido marcas al espacio que tienen el sello

Que no nos dé el soponcio ni la calambrina

particular de quienes han construido una vida económica, unas relaciones basadas en el parentesco y en la política y un sinfín de representaciones que van de las simples e inmediatas derivadas de la cotidianidad hasta las complejas y mediatas nacidas de la reflexión artística, religiosa, científica o filosófica.

Los pobladores congelan su espacio o lo ponen en movimiento cuando se ven abocados a hablar de él. Igual deben hacerlo el investigador de campo, el técnico o el visitante extranjero. La mirada de cada uno de ellos concede valores diferentes pero complementarios al espacio de referencia. En el poblador común existe una diferencia con el científico y el técnico o incluso con el extranjero, en la dosis de racionalidad que anteponen estos a la sensibilidad que acompaña a aquél.

Mientras más se haya actuado en ese espacio, más profunda y amplia se torna la mirada, se escuchan de él hasta los sonidos más insignificantes, se huelen los perfumes de la naturaleza y de los hábitats y se mueve con soltura el cuerpo en él. El espacio que es vivido lleva a la sublimación y admite el rito y el mito. La rutina se vuelve sagrada, inmovible.

El espacio se vive, se recuerda, se sueña, se desea, se expande, se contrae en la acción y en la representación de cada actor social en su escenario.

Es necesario mirar el espacio como territorio, como un ámbito subjetivado, como una red de lugares con un significado, los cuales se entrelazan en el tiempo: es el contexto en el que se dan la multiplicidad de relaciones que un ser humano puede establecer en todas las edades de su vida.

Para decirlo en palabras de un teórico del espacio, José Luis García (Antropología del Territorio. Taller de ediciones J.B. Madrid, 1976): “el territorio humano es un espacio socializado y culturizado”. Un espacio que adquiere significado social y cultural, con un sentido de exclusividad positiva (los incluidos) para los grupos humanos que le son propios, o sea, los hijos de la tierra, y con un sentido de exclusividad negativa (los excluidos) para quienes se ubican en el afuera, o sea los extraños o extranjeros.

Los antioqueños sacralizaron desde el siglo XVIII el espacio que les correspondió en suerte. El mito paisa es el mito de la tierra rural. Para

muestra el himno antioqueño, que es la sublimación del espacio. Un espacio tejido en la dura brega de la vida cotidiana de la primera célula del entramado social: la familia.

Antioquia toda se constituye sobre la base de territorialidades muy diversas. Unas tienen presencia de población histórica y a ellas se les puede denominar territorialidades consolidadas, como el Área Metropolitana y Medellín en particular; el Oriente (el altiplano); el Suroeste (cafetero) y el Nordeste (minero). En cambio otras territorialidades apenas entran a formar parte del departamento y del país, en sentido económico, social, político y cultural, como el Magdalena Medio, el Bajo Cauca y Urabá. Estas podrán llamarse territorialidades emergentes o en proceso de configuración.

Los nuevos territorios son fronteras de colonización vivas, a los cuales llegan oleadas migratorias en busca de la tierra soñada. Allí los contactos y las mezclas están en plena ebullición, razón por la cual el sentido último de identidad, el mito territorial, aún no se esboza y penden aún del ideario del colonizador de la montaña.

Los actores en escena son múltiples y diferentes en estos nuevos territorios. En la vasta ruralidad están: el minero barequero, el minero draguero, el empresario minero, el agro-minero, el aserrador, el colono, el arriero, el agricultor minifundista, el agricultor mediano, el hacendado, el panelero, el bananero, el ganadero, el jornalero, el mayordomo, el pescador, etc. Para el poblador del campo las tierras no se han acabado ni se han agotado las minas ni han muerto los ríos y quebradas. Todavía hay una esperanza de provisión en ellas tanto para el varón como para la mujer, en una cultura cuyo temperamento se modeló con patrones masculinos y rurales.

Por vertientes y valles se siembran pueblos en Antioquia. Las fondas y las parroquias de los siglos XVIII y XIX se volvieron cabeceras municipales. El paisaje se ve cortado y trazado por redes de caminos, afectos, endeudes y arraigos. El epicentrismo pueblerino ha sido un eje funcional y fundacional del territorio antioqueño. El pueblo como dimensión de territorio y de relaciones sociales es esencia de lo paisa. La identidad regional tiene el mismo tamaño pueblerino, por eso aún no cabe en ella la ciudad. El orgánico proyecto político y cultural de los intelectuales antioqueños del siglo XIX no llegó hasta concebir la ciudad

A la Corte Constitucional sólo le falta pronunciarse en alemán

como territorio.

En la ciudad que Medellín forcejea por ser, se diluyen las relaciones domésticas y vecinales del pueblo y se pierde el arraigo al territorio propio. Inquilinos y arrendatarios circulan sin sentido de pertenencia; la religiosidad está en crisis; la sexualidad rompe barreras; la informalidad económica desestabiliza la vida de familia y deja a los individuos sin esperanza de futuro. La mujer convierte su género en distancia del otro género y el hombre no sale de su asombro frente a esto.

A pesar de las violencias múltiples que cruzan la geografía antioqueña hay un modo de ser de la antioqueñidad que es reclamado por todos y para todos: incluso el mercenario mata con el criterio del justiciero frente al faltón y la moral de quien provee en la familia obedece al postulado acendrado en este territorio de conseguir plata, conseguirla honradamente y si no, de todos modos conseguirla. Y el narcotraficante corona su derrota de la pobreza con caballos de paso y oro por todo el cuerpo.

El parentesco de sangre, vital para anudar relaciones y solidaridades en Antioquia, no ha perdido fuerza alguna, así se hayan transformado visiblemente esos modelos familiares que el mito paisa estableció e inculcó como estandarte de la energía de la raza. El parentesco espiritual, el del compadrazgo, todavía se invoca en los campos y en los pueblos, entre las colonias y los barrios de migrantes en la metrópoli y lo invocan incluso los que se han capitalizado de la noche a la mañana.

Durante cinco siglos se han configurado en el país supraregiones en las que se multiplican las mezclas. Antioquia en medio de esto es pluricultural, multiétnica, plurieconómica y multipolítica. Es paz y guerra. Es aristocrática y burguesa, de abolengo y también emergente y mafiosa. Es la tierra del rebusque y del éxito empresarial, de la apertura y del terror a la competencia. Es el teatro de un rancio conservadurismo en costumbres sexuales y políticas, y a la vez es escenario del destape y la heterodoxia.

Antioquia, a la vez una y diversa, es un territorio de exclusiones positivas o inclusiones, que es como se entienden las apropiaciones y asimilaciones de lo otro, de lo exógeno, en un tortuoso encuentro con sus posibilidades creadoras y eróticas; se identifica en el mito paisa de muy larga duración. Pero es también la incertidumbre, la exclusión de signo negativo, la fortaleza inexpugnable, una casa donde el anfitrión no recibe

al visitante, la frontera que los de afuera no pueden cruzar. Es esa Antioquia que no se encuentra a sí misma, intolerante, expulsora, insolidaria, tanática y suicida.

Las territorialidades que reclama el reordenamiento geográfico del país, son las que corresponden a las regiones-sujeto, o sea las territorialidades que tienen un significado íntegro para sus pobladores. Allí donde hay memoria y vivencia del entorno, donde hay historias comunes y relaciones permanentes entre los habitantes, bien sea para la convergencia o para el contrapunto entre ellos. El espacio que les corresponde es construible y expansible, a la vez que limitable, en cuanto corresponde a los hijos de la misma sangre que es lo mismo que decir hijos de la misma tierra.

Como dice en una frase Whittlesey: “la región es una expresión de lealtades innatas que refuerzan las evidencias externas de su individualidad regional”.

Las regiones-sujeto son vividas y no necesariamente pensadas, pero son el referente espacial ineludible en boca del poblador porque es parte de sí mismo. Esas regiones pueden verbalizarse desordenadamente, en el amor y el desamor. Son espacialidades para seres humanos deseantes. Son los puntos de encuentro al final de las jornadas diarias y de cuando los tiempos del ser humano comienzan a detenerse en la etapa más lenta de cada vida.

HERNÁN HENAO. Antropólogo e investigador, miembro del grupo de estudios sobre la violencia y director del Instituto de Estudios Regionales
Iner de la Universidad de Antioquia.
Él fue asesinado allí mismo en mayo de 1999.

Junio de 1995